AMERICA: UNA PALABRA EN BUSCA DE SU DEFINICION

(Hacia un descubrimiento fenomenológico de la Historia de América)

POR

ALEJANDRO LORA RISCO

A PEDRO LAIN ENTRALGO

Toda objetividad, debidamente verificada, desmiente el primer contacto con el objeto. La objetividad debe, de antemano, criticarlo todo: la sensación, el sentido común, la práctica incluso más constante, y también la etimología, pues el verbo, hecho para cantar y seducir, raramente se encuentra con el pensamiento.

GASTÓN BACHELARD (*)

1. ¿De qué modo preside América la realidad de su nombre? Interrogación confusa, ambigua, literaria, que podría precisarse un poco más, por ejemplo, de la siguiente manera: ¿de qué modo absorbe su nombre toda la realidad de un probable contenido americano absoluto? Y no queda dicho todavía del todo claramente. Empero, gracias a estas aproximaciones relativas, a estos fallos del continuo tanteo, es posible venir a darse cuenta de la naturaleza del problema que se quiere plantear. Para decirlo todo: indagaremos por el ámbito de las relaciones semióticas que ligan el *nombre* propio América con el *contenido* de realidad por él probablemente connotado como *objeto*.

He aquí un nombre para designar un objeto —de los sentidos o de la mente—, y, como es lógico, lo que se trata de averiguar es de si uno y otro brotan como realidades tangibles que entre sí se sostienen simbólicamente mediante la interpolación de una forma conceptual inequívoca. En otros términos, queremos saber, estar seguros, de si basta mentar el nombre del objeto (probable) en cuestión para que éste satisfaga como una realidad incuestionablemente conocida y cumplida (en su nombre), o bien, al revés, si basta que emerja la realidad como dato mentalmente intuible para que, con no menor ligereza y espontaneidad,

(*) *Psicoanálisis del fuego*, p. 8. Alianza Editorial. Madrid.

y, en definitiva, reluzca el nombre exacto que la retrate. En resumen, ¿qué clase de objeto lógico denota y significa la palabra-símbolo América? Pues bien, pudiera tratarse de una mera connotación depurada de todo roce espurio con la realidad (americana). O bien, al contrario, que el nombre se desprendiera de ésta como el molde aplicado al objeto que debajo subyace. Cabe, además, una tercera posibilidad: que el nombre domine a tal extremo el ámbito del objeto aludido que le imponga una caracterización convencional y arbitraria, violenta e incorrectamente adjudicada.

2. Por ejemplo. Cuando alguien expresa —un poeta es lo más seguro—:

América, no invoco tu nombre en vano

(resaltando aquí la voz América como alternativa del «no pronunciarás su nombre en vano», del Decálogo), ya es de presumir lo que debe entenderse por el concepto simbólico invocado: que cualquiera, en el punto más alto, puede sentir el impulso de conmover su espíritu a tan buena luz, con preferencia a toda otra escala superior de valores. Hay aquí implícita una identificación de la palabra América con el valor por excelencia, por sobre todas las cosas situado. De manera que tenemos entre manos, más que una palabra revestida de un significado concreto y específico, una categoría insólita, una forma valorativa que circula, sin resistencia posible, como un valor —ídolo endiosado— *ídola specus*. ¿Qué se pierde entonces con tratar de verificar esta incidencia identificante y ver si es cierto que, cuando *invocamos su nombre*, se comporta como una realidad de contenido sustancial incuestionable, de que es verídica expresión la gama completa de su simbología?

En el contexto poético citado, la palabra, el signo onomástico América apenas, sin embargo, si inunda y absorbe la esfera de nuestra receptividad emocionada, ello salta a la vista. Ahora bien, ¿será esto así porque se han desarrollado hasta sus últimas consecuencias afectivas (emocionales) el valor lógico y la significación que le sirven objetivamente de fundamento como contenido enmarcado en la realidad de verdad, o bien, sutil y caprichosamente, trátase sólo de una licencia poética enorme, extrapolada, que por sus implicaciones idealistas y morales suele estimarse y confundirse con las circunstancias empíricas que rodean la formación del mundo americano en cuanto tal? Veamos, pues, si rebasa el ámbito de la afectividad, de por sí tan impresionable, y si su «símbolo» resulta idéntico con su «sustancia». Un recuento fenomenológico nos dirá cómo debe entenderse el problema sicogenético respectivo.

La historia del símbolo «América», como es natural, tiene una buena, sostenida y brillante historia, que no es necesario contar de nuevo

aquí, remitiéndonos a la gran vidriera de colores de la historiografía. Queremos ir más allá. Quisiéramos sorprender, captar en su inmediatez primordial el flujo mismo de los hechos acaecidos, en cuanto éstos tienen relación con el minuto histórico del descubrimiento de un mundo nuevo, del que se deriva, claro es, la necesidad de ajustarle un nombre adecuado, en el sentido de que de él penda y a él se refiera el horizonte entero de la difícil y problemática acción descubridora.

¿Es posible, por ejemplo, saber lo que pasó por la mente o conciencia de los descubridores del Nuevo Mundo en el momento en que, alentados por el hallazgo de una realidad *nunca vista antes* (que engendra el *encuentro vivido* con ella), se vieron instados a consumar el desesperado y trágico acto de abrazarla? No queremos, por cierto, adivinar —no somos adivinadores— lo que pasó por sus ánimos en esos momentos. Sin embargo, se puede intentar averiguarlo si, en primer lugar, estableciéramos el significado de los términos esenciales de la frase en cuestión, y comenzamos por definir el concepto mismo de abrazar, que significa aquí *aprehender lo nunca antes a través de la interposición de una forma, de una imagen mítica* expresiva de las condiciones —prácticamente aún selladas— que desbordan la situación y, a la vez, sustentan la naturaleza, la estructura antropológica del encuentro *vivido.*

Es indudable que el acto del descubrimiento, que implica, según hemos dicho, un encuentro y un abrazo con algo, se realiza en los límites de un espacio geótico inusitado: en un espacio cósmico de proporciones nunca vistas. En consecuencia, es lo más probable, multiplicado varias veces por un extraño componente fantástico. Y así resulta demasiado ancho, alto, inmenso, desconocido. Un mundo que fuera nuevo, sin ser al propio tiempo sorpresivo, sorprendente, es inimaginable. Sólo que la ponderación requerida tiene que exceder un tanto y referirse al patrón alojado colectivamente en la sensibilidad del observador. Será, pues, más sorprendente y más grande que algo ya conocido: desproporcionado por relación a lo que ya ha sido antes experimentado. Si se posee, como ocurre en el caso de Colón, el don de la expresividad, lo novedoso puede ser magnificado sin esfuerzo apelando a la integración de los datos con el diseño del patrón tradicional albergado. «Es tierra toda muy alta... Por la tierra dentro muy grandes valles, y campiñas, y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla»... «Los aires eran como en abril en Castilla; cantaba el ruiseñor... Era la mayor dulzura del mundo»... «En toda esta comarca hay montañas altísimas que parecen llegar al cielo..., y todas son verdes, llenas de arboledas, que es una cosa de maravilla.» (Diario del almirante.)

Cuando, por el contrario, se carece del don expresivo que, gracias

a los patrones intercalados, tornan posible y grata la fantástica ponderación, el espíritu de los grupos cae vencido, una y otra vez, bajo la impresión de vastedad y desmesura, de proporción desconocida e incógnita; y aquélla pasa a predominar sobre el juego, esta vez aleatorio, de las pautas o conductas socializadas. A medida, por tanto, que los descubridores se desprenden de las impresiones ponderativas de los primeros momentos, van asimismo modificándose sus reacciones frente a la naturaleza cósmica, que, tan pronto como se ordena y adopta un contorno, se desdibuja también como paisaje, emergiendo en lugar de éste la incógnita de lo desconocido: el espacio «americano» nudo.

Creemos, pues, que debemos definirlo como *espacio desmesurado*, en el que no se hinca la planta para permanecer, sino para dejarse arrastrar e introducirse aún más adentro, para ser literalmente tragado por una cantidad de espacio que, en la medida en que va generándose bajo la planta de sus descubridores, se desplaza también más allá, hacia el infinito, insondable e inabarcable. La primera consecuencia obvia del descubrimiento no es entonces, como se ha dicho, una aprehensión real del contorno, ya que éste se aparece ante todo como una cualidad intangible, como un abstracto metafísico: la especialidad, que está ahí, delante, al parecer al alcance de las manos, aunque, en realidad, sólo va surgiendo (impensadamente) cuando se ha dejado ya atrás, o sea cuando el paso dado y el tramo recorrido sólo lo dejan entrever como una sustancia inasible que «nos ha tragado», que hemos «sobrepasado» sin haber siquiera obtenido.

Es difícil ya en nuestros días reconstruir psicológicamente una operación de esta índole; difícil creer que descubrir un mundo nuevo nunca visto antes —y por añadidura, inconmensurable— entrañe como materia de experiencia un contenido empírico-metafísico capaz de hundir a las conciencias portadoras del acto en un abismo de temporalidad verdaderamente indescriptible, insondable. Y, sin embargo, fue así. Los descubridores penetran en un espacio metafísicamente acusado, pero amorfo, que no puede abarcarse; y sólo después, urgidos por los requerimientos del espíritu, por la dramática necesidad de vaciar los borrosos contornos en un molde unificado y tangible, se valen de los recursos de su imaginación y de su fantasía. Reduciéndolo a figura, rechazan contra un trasmundo equívoco un cierto fondo irracional, y conforman con ello la materia de un mito. Es decir, capturan una palabra simbólica, capaz de nombrar, de crear mágicamente los apetecidos linderos humanos de la acción.

Como criaturas que manejan símbolos y significados urdidos en una trama tradicional no podían menos que encauzar sus acciones bajo la perspectiva de un conjunto de palabras mágicas, esto es, de

una designación clave que les revelara el contenido y primera faz asequible de lo inconmensurable. La experiencia cultural arcaica que estimula y proyecta a los *descubridores* hacia las orillas de un mundo nuevo nunca visto antes, vicia congénitamente sus actos con una insofrenable tendencia *encubridora:* resorte disparado, como tenía que ser, por un campo de fuerzas intrínseco a la milenaria estructura cultural portadora. Cierto, la angustia que les provoca la presencia impensada de lo inconmensurable puede herirles en lo más vivo, impregnar y aniquilar el contenido existenciario de sus experiencias totales. Más poderosa que ella, empero, es la decisión *mitificadora,* o sea, la voluntad de unificación a través de la forma de un *símbolo:* ese significado que dé cuenta y razón inmediata de las condiciones aleatorias en que el elemento irracional conductivo se resuelve como cauce apropiado a la acción, a fin de que el *des-cubrimiento,* de una vez por todas, pueda proseguir.

3. Nos hallamos, para decirlo en dos palabras, frente al problema de *nombrar lo desconocido.* La concepción del hombre como persona dotada de una estructura vital indivisible —que está normalmente, y no sin sacrificio y conflicto, reconstituyendo el *sistema unificado* de su existencia (control racional del medio)— nos obliga a ver también en el descubridor de un mundo nuevo, antes que nada, una criatura que hace frente a lo otro, a lo inimaginable y desconocido. ¿Pero cuántas veces no ha tenido que encarar el hombre, a lo largo de su milenaria existencia, semejante problema? De modo que no hay que asombrarse de que el descubridor se *sitúe* encarándose al ser de esa otra-cosa que, desconocida, ante él emerge ahí, en el *Mundus Novus.* (Así debieron haberse colocado, recién expulsos del Paraíso Terrenal, frente al enigma de esa su nueva y menesterosa situación histórica, la virginal serie de los Adanes.)

Situarse, empero, significa al propio tiempo parapetarse en una posición dialéctica ambigua. Por una parte, se presiente que lo desconocido, ahí dado, anula de antemano los alcances de toda tarea configuradora positiva. Nadie está capacitado para soportar sobre sí el peso macrocósmico de lo inmenso, de lo absolutamente nuevo y desconocido, carente de medida, de proporción. Por otra parte, desde un comienzo todos se hayan dispuestos a ignorar los efectos negativos de esa devastadora toma de posesión aparente, recurriendo para ello al empleo radical de un nombre significativo, de un símbolo que tiene la virtud de espantar al diablo de inmediato, haciéndole huir al dintorno enfoscado. Pero para comprender esta estructura ambivalente de la conciencia des-cubridora hay que marcar etapas. Veamos ante todo primero lo que significa descubrir en lo desconocido.

Ya hemos dicho que el descubridor tiene ante sí y soporta sobre sí un Nuevo Mundo desproporcionado, pero de una magnitud, de una grandeza exterior *evanescente,* que no se deja coger con facilidad. Pues bien, eso-otro, puesto ahí, con que viene a abrazarse, es como una atroz pendiente que no acabara nunca, y que conduce tal vez al vacío, a la nada, al fin inesperado.

Las condiciones *enigmáticas* del encuentro —siempre: encuentro *vivido*— se generan y conglomeran dentro de este parámetro crucial. No puede dudarse más a este respecto. Para la conciencia de los descubridores, que por instinto no podían haber ignorado la peligrosidad constitutiva de esta relación, la percepción del espacio —enorme e inconcreto— del Nuevo Mundo supone el que esté escrita ahí, o cuando menos bosquejada, la palabra gigante Nada.

Importa conocer las siguientes citas, tomadas de un célebre texto claudeliano. Recogidas por quien esto escribe hace ya mucho tiempo, solamente ahora vamos a introducirlas en una interpretación coherente, esto es, teórica, de los hechos. He aquí algunos pasajes del drama lírico *El libro de Cristóbal Colón:*

> EL EXPOSITOR.—*Ahora comieza la gran escena, la famosa escena del motín de los marineros.* (Durante toda esta escena, subyacente o tumultuoso, se oye en el coro un murmullo, un entrevero continuo de voces, de palabras y sobre todo de sentimientos, que responden a las siguientes ideas, «proferidas o no».) *¡El mar! ¡El mar! ¡El mar! ¡Siempre, siempre hacia el Oeste! ¡Moriremos todos! ¡Jamás volveremos! ¡Cristóbal Colón! ¿Qué haces de nosotros? ¿Por qué nos trajiste contigo? ¿Por qué quieres hacernos morir? ¡Basta! ¡Queremos volver! ¡Hay que obligarlo a regresar! ¡Está loco! ¡Un loco! ¡Hay que obligarlo a regresar! ¡Es un traidor! ¡Es un loco! ¡Es un asesino! ¡Siempre el mar! ¡Siempre nada! ¡Ya no hay nada! ¡Ya no hay nada! ¡Estamos perdidos en medio de la nada!*

Sobre el plano de la escena, subrayando el horrendo tumulto, destácanse unas voces, unas palabras *(preferidas o no),* y entre ellas la que apunta a la *Nada.* Precisamente, líneas más abajo, remachando la idea atormentadora, confirma *uno de los oficiales:* «El hombre humano no está hecho para navegar tan espantosamente a través de la Nada.»

4. Consideramos al hombre como un animal metafísico en la medida en que se encamina hacia lo eterno, o está vinculado a una vivencia de lo trascendental. Dominando en sí la vivencia de lo misterioso consigue permanecer en acción, enfrentarse a una realidad que, además de circunscribirlo y de contenerlo íntegramente, se explaya en todas direcciones hacia todos los horizontes del ser, de la naturaleza cósmica. Su relación consciente con el mundo es al propio tiempo una relación inconsciente con la totalidad extralimitante de la naturaleza

entera, a la cual el hombre no puede abarcar, pero sí imaginar, soñar, desear, simbolizar metafísica o poéticamente de algún modo. El eros como dios primordial encarna o representa el mito romántico por excelencia. La totalidad es, pues, el fondo mítico indisoluble, sobre el que el hombre se apoya, permanece, recorta sus actos, modela las peculiaridades de su difícil empresa de vivir. Dios mismo, como la más alta y racional textura simbólica del mito de Eros actualiza en una nueva dimensión espiritual, enteramente inédita, la pasión metafísica que consume a la naturaleza humana, y que es intrínseca a ella. Donde quiera que esté, siempre está el hombre más allá de sí mismo y del todo, y por ello, precisamente, al despertar a la autognosis, a la reflexión ontológica, de no tener cercano el agarradero fundamental de la creencia o de la fe, la estructura humana tiende a disolverse irremediablemente en la temporalidad existencial anonadadora, como se diría en la lengua de Heidegger.

Cuando el hombre busca un saber cualquiera es porque ya está hundido y atrapado por el misterio de lo inconmensurable. Remontémonos a los primeros filósofos. ¿Qué quiere decir, por ejemplo, Hesíodo cuando habla del Caos como principio generador de todas las cosas? O Gigon, un especialista, responde: «la totalidad del cosmos cognoscible debe desarrollarse en un *proceso evidente y concebible*. La primera de estas condiciones se cumple ya en Hesíodo. Lo que él representa como Caos, al principio de su Teogonía, es el *vacío abismal* que queda si *abstraemos la limitación del cosmos* por la bóveda celeste y la superficie terrestre». Ahora bien, convalidado el Caos por el primer filósofo verdadero, se transforma en lo *Ilimitado*. «Con más radicalidad, enseña Anaximandro que el origen es lo Ilimitado. Para él lo decisivo es aparentemente la oposición especulativa entre la esfera cósmica *delimitada y diferenciada, y algo totalmente informe e inabarcable*.» Con respecto a otra etapa del pensamiento filosófico griego, «la pregunta por la esencia y destino del alma, agrega Gigon, sólo aparece poco a poco en la filosofía antigua. En época temprana la atención se dirige *al todo y a lo omnicomprensivo, a lo lejano y apartado*..., y sólo con el tiempo se vuelve a lo más cercano, al hombre». Sin duda, la lucha por encerrar lo infinito fue tarea titánica para el pensamiento griego, que se desarrolló y se formó científicamente en esta empeñosa y dramática confrontación intelectual. Del Caos surge el Cosmos, vale decir, de la impresión gravosa del peso de lo desmesurado, la idea, intangible y liviana («proceso evidente y concebible») de un ser regido por su propia medida intrínseca. De *lo apeiron* brotaría presto la *sophrosyne*.

La intensidad de la percepción metafísica de lo inconmensurable produjo, desde luego, el concepto de unos elementos cósmicos primor-

diales que dan origen a todo lo existente. «Prevalece en la filosofía antigua, diremos otra vez con Gigon, la confianza en poder captar el todo como algo limitado» (1). Mas ¿desaparece por ello el trasfondo metafísico perennizado por un símbolo mítico del que ha sido recortado el concepto de finitud y de medida esclarecedora? La comprensión científico-filosófica de la unidad de lo dado, ¿acaba para siempre con el misterio palmario y su influencia? Para expresarlo en términos de la teoría de la Gestalt, ¿la percepción intuitiva de la figura como crisol de la forma estructural que coincide con ella, acaba con la realidad del fondo sobre la cual se destaca? Urs von Balthasar, desde diversa orilla religiosa, expresa: «al revelarse, el ente exhibe su plenitud cada vez mayor, y con ello su irreductible misterio». O bien: «resulta claro que el concepto de unidad, al que todo el mundo supone conocido y transparente, es en el fondo tan misterioso como todos los demás conceptos fundamentales del ser... El concepto de unidad es, a pesar de su revelación, un misterio totalmente impenetrable» (2).

¡Como si se pudiera escapar jamás a la influencia de lo omnicomprensivo! El pathos de la existencia humana está vaciado sobre este intangible e invisible molde espiritual. Hay también que coger lo inaprensible, recrearse en la contemplación de lo desconocido, oír los silencios, rodear infinitud en toda su amplitud. O, al revés, lisa y llanamente, rechazar y repudiar esta evidencia insólita. En un comentario de T. Adorno, por ejemplo, se dice: «El silencioso procedimiento de Stefan George y Hofmannsthal apela precisamente al manifiesto de Rimbaud y de Verlaine: a lo *inconmensurable*. No es el *absolutum* metafísico urgido por el primer romanticismo alemán y por su filosofía. No es casual que el sonido sea el portador de lo inconmensurable, pues lo inconmensurable no es ya inteligible, sino sensible» (3).

Otro ejemplo. El joven Rimabud, harto ya de constreñirse en los límites de una Europa semisalvaje, corroída por las miserias de la civilización—y acaso de la cultura—, se propone de nuevo construir lo ilimitado, mas no lo hace ¡ay! sino con el propósito secreto de destruirlo (4). Como, en efecto, re-nacer a su gusto, depurado de las condiciones reales que preparan y resuelven su mismo nacimiento humano no le es posible a él ni a nadie, se empeñará en estrellarse contra las brasas de su propia conciencia infeliz. Liberarse en y por el infinito desconocido, significa para el poeta, en realidad, destruirse al contacto de lo inmenso, de la lejanía insondable. Se crea, pues, para sí, el espacio

(1) *Problemas fundamentales de la filosofía antigua.* Ed. Fabril. Bs. As.
(2) *La esencia de la verdad.* Ed. Sudamericana. Bs. As.
(3) *Prismas,* p. 204. Ed. Ariel. Madrid.
(4) Así al menos, surge de la interpretación de su obra por HUGO FRIEDRICH, en *Estructura de la lírica moderna.* Ed. Seix Barral. Barcelona.

real imaginario en que la poesía del autosacrificio canta el gran sarcasmo de los límites. «En el tema poético de Rimbaud, escribe H. Friedrich, penetra cada vez más una excitación que impele hacia lejanías imaginarias. La necesidad de lanzarse a "lo desconocido" le hace hablar, como a Baudelaire, del "abismo del azur". Esta altura, que es a la vez el abismo de la derrota —*manantial de fuego, donde mares y fábulas se encuentran*—, está poblada por ángeles. Pero los ángeles son puntos de luz y de intensidad, signos, que a un mismo tiempo relampaguean y se apagan, de aquella altitud, de aquella lejanía, de una inconcebible superabundancia; a pesar de todo, son ángeles sin Dios y sin mensaje.» Es el fenómeno que el mismo Friedrich denomina, con acierto, «irrealidad sensible». Hacia ella y contra ella vuela y dirige el *bateau ivre* sus ímpetus. «El barco evoca un breve idilio, de un niño que, entre los personajes del anochecer, juega junto a un pantano —dice H. Friedrich—. Pero ello sólo es un sueño que ya no tiene remedio, porque la nave ha respirado la amplitud de los mares y los archipiélagos de estrellas y se sabe perdida para la mezquindad de Europa. De la misma manera que en la calma del inicio quedaba absorbida la sacudida, en la calma del final se encierra la aniquiladora expansión de las estrofas anteriores. *Es la calma del no poder ya más, del naufragio en el infinito, así como la ineptitud para la limitación.*»

En suma, si la razón operativa, como vehículo de polarización cultural inevitable, se degrada en los límites del ser, de las apariencias, el poeta todavía puede intentar reconstruir la *irrealidad sensible* —lo omnicomprensivo— con su imaginación desbordada, aunque corriendo el riesgo, como Rimbaud, claro, de extinguirse y de perecer.

La realidad trascendente invisible, presente en el dintorno metafísico de la visión como lo inconmensurable-desconocido-dado ahí, no puede ignorarse. He aquí unas reveladoras palabras de J. Dewey: «Herbert Spencer daba a veces color a su devoción por las experiencias simbólicas con un hecho de experiencia directa. Cuando dice que todo hecho tiene dos lados opuestos, "uno, el lado cercano o visible, y el otro, el lado remoto o invisible", da expresión a un rasgo persistente de todo objeto de experiencia. Lo visible está asentado en lo invisible, y a la postre lo que no se ve decide lo que sucede en lo que se ve. Lo tangible descansa inestablemente sobre lo no tocado ni asido. El contraste y el desajuste potencial de lo inmediato, la base notoria y focal de las cosas, son esos factores indirectos y ocultos que determinan el origen y el curso de lo que está presente, son rasgos indestructibles de todas y cada una de nuestras experiencias» (5).

De todas formas, por uno u otro camino, a través de la reflexión

(5) *La experiencia y la naturaleza*, p. 42. Ed. F. C. E. México.

psicológica, filosófica o poética, se nos hace patente una cuestión inusitada: lo desconocido no está detrás, sino delante, y aunque los hombres no sepan o no quieran verdaderamente aprehenderlo, mancharse en la angustia primigenia de este conocimiento, saben de alguna manera que está ahí y que tienen que contar medular y metafísicamente con él.

Una de dos, pues: o bien afirma el hombre la presencia actual de lo desconocido explícitamente, resolviendo sus dudas en un mito cosmogónico o de cualquier otra especie, o bien acepta implícitamente los contornos de su problemática constitución metafísica existenciaria desentendiéndose de ella, suspendiendo el ataque frontal a la misma. La praxis humana en modo alguno permite la fragmentación del cuadro universal de la totalidad omnicomprensiva reduciéndolo a un problema histórica y racionalmente resuelto de antemano. Toda comunidad de seres vivientes sabe que lo desconocido está y actúa ahí y que no hay angustia que pueda entorpecerse ni solución milagrosa que pueda ampararla suprimiendo el sentimiento trágico de su vida.

Tenía razón Claudel. Pocas cosas puede percibir el hombre humano más nítidamente que la presencia, a su alrededor, de la Nada. Mas, combatiendo con esa Nada, ¿no se retrata, de cuerpo entero, como infatigable productor de realidades? ¿No será ése el fondo estable sobre el cual se destacan, cuotidianamente, los trabajos de la voluntad? Lo curioso es que hay circunstancias imprevisibles, concretamente históricas, en que la nada se traduce en un elemento líquido vasto como el océano. En que la nada puede anegar a un extraviado marinero argonauta de los siglos XV o XVI. Y no queda ahí todo, por cierto. Lo más raro del caso, empero, radica en que, como consecuencia imprevista de la aparición de una tierra nueva *nunca jamás hollada*—así dice Camõens—, desmesuradamente impropia, inconcebible en su ilimitación e inabarcable de una sola mirada, el descubridor transfiere del mar a la tierra la consistencia espiritual de ese sentimiento—vivencia de naufragio en la nada—que tan vivamente le sacude ya en plena travesía.

Estamos en camino de explicarnos el perentorio menester de los arriesgados descubridores: proveerla rápida y eficazmente de nombres, *nombres* de doble función salvadora y reconciliadora.

El conquistador del Nuevo Mundo—quedó indicado en otro lugar—*es el des-cubridor de la nada.* Dedujimos esta posición axiomática de otra proposición generalizadora, que dice: *Colón es el des-cubridor de la incógnita del Nuevo Mundo.* Añadir, por ello, que estamos en presencia de unos *colones-des-cubridores-de-la-nada* no es expresar, en forma cándida o confusa, una tosca idea ornada de literatura, de sugerente filosofía. No hemos elaborado un andamiaje teórico para justi-

ficar el texto claudeliano, sino seleccionado este texto para evaluar una situación que bien podría depurarse intuitivamente gracias al lujo de la expresión literaria. No creemos tampoco que Claudel estuviera inventando a Heidegger cuando confrontaba a sus arrojados argonautas con la Nada, en su famoso drama. Nosotros mismos no hemos hecho caso para nada de las teorías heideggerianas.

5. Desde el punto de vista metodológico, nuestras hipótesis se refieren sólo a una actitud inquisitiva que se hace cargo, como cuestión previa, en el mismo punto de partida de la investigación, de determinados presupuestos críticos inherentes a cualquier forma de conocimiento deductivo. Sin ningún rodeo, partimos de nuestra ignorancia teórica de lo que sea América. Puesto que no hay otro modo posible de constituir sobre sólidos fundamentos científicos el núcleo sistemático de su estudio, se reconoce, se confiesa, por inclinación sencillamente metodológica, ignorar qué sea América. Poder llevar a cabo su descubrimiento como *objeto* de la reflexión intelectual y de la teoría científica, he aquí, en fin, nuestra meta.

Distinguimos, por tanto, en el plano significativo de la palabra simbólica «América», dos niveles diferentes. Según el primero, como «objeto» del mundo real, «es» un nombre de contenido inmediatamente intuible. Dado que el objeto responde a la señal de «su» nombre, se da por descontado que el contenido de éste es justamente el de aquél, que lo «revela». Carece entonces de misterio. Conocemos el ente porque *su* nombre nos está revelando o diciendo, a cada paso, qué es. Según el segundo nivel, en cambio, el *nombre* nos hace pensar en la realidad del objeto en cuestión como en la de una *forma* cargada probablemente de contenido significativo. No podemos decir aún, sin embargo, lo que este contenido significativo probable represente válidamente. Pues primero tenemos que separar el objeto sensible «percibido» y discernir en qué punto el *síndrome onomástico* se traduce como un símbolo que entrañe una toma de aprehensión intelectual —inteligible— del momento sensible.

Para decirlo resumidamente. El objeto sensible que significa para el mundo «América» debe ser escindido de su forma inteligible, que lo transformará en contenido susceptible de portar una significación. Como objeto del mundo, América es un dato inmediato (sujeto por ello mismo a error) de una realidad culminante. Por el contrario, como objeto de discriminación intelectual, un contenido probablemente dotado de carga significativa evaluable. Resulta imposible, sin embargo, llevar a feliz término esta operación epistemológica si no se comienza por verificar o establecer las condiciones históricas en que el símbolo «América» viene a confundirse erróneamente con la «esencia en sí»

del objeto formal significado, y queda de tal suerte, este último, *invisible en su incógnita;* aquél, convertido en un simple valor de uso, de mera utilidad ideológica.

Es preciso, pues, mirar ante todo lo que aparece en la conciencia del descubridor, a fin de describirla minuciosamente, reestructurando el flujo total de la vivencia *(Lebenswelt)*. Segundo, tenemos que aprender a apuntar, mirando hacia ello a través de la conciencia de aquél, en la dirección de lo que aparece ahora en la propia conciencia del observador reflejante de la vivencia. Pues así como hay un sujeto ingenuo establecido entre las cosas, en sí mismo, portador de los términos de la relación —sujeto incapaz de intercambiar con los innumerables mensajes del mundo otra contraseña mejor que la que viene implícita en la respuesta-envoltura de su conducta colectiva—, también suele observar el historiador, frente al acontecer temporalizado, idéntica parcialidad inobjetable. Es decir, también cae enredado entre los hilos de su propia interpretación personal del mundo. Por lo pronto, no discierne la distancia conceptual que lo separa, primero, del hecho observado por él a través de la conducta social, colectiva, de los descubridores: atraído por gestos y visajes, se declara ya en favor, ya en contra de ellos, base subjetiva, sobre la cual edifica su propia «historia». Segundo, ignora la distancia que lo desglosa de los actos de un sujeto histórico que está viviendo esos actos, sus actos, sumergido en el flujo de una vivencia total; es decir, no ya frente a una conciencia del acto, sino al revés, suponiéndola como invisible soporte total de la misma. Para disociar, pues, con éxito los focos del observador y del sujeto observado, que tienden a confundirse en una misma e indistinta argamasa, hay que reconstruir, gracias al análisis hermenéutico, la estructura de la vivencia en su totalidad. El historiador no podrá mostrar su preferencia, sino *a posteriori,* después de haber demostrado al lector que el estilo de su conducta ha sido puramente instrumental.

No será declarándose o en favor o en contra de la actuación unilateral de los descubridores-conquistadores como asegurará la certidumbre del conocimiento. Aunque para resguardarse de toda crítica ulterior pretenda haberse puesto al amparo de un ajuste ideológico tan amplio como sea posible. Tachar o ignorar la historia en función de un concepto moral, es absurdo. No se puede conocer a los conquistadores como bestias destructoras; tampoco se les puede conocer, enalteciéndolos esta vez, como ángeles constructores. El comienzo de la tarea, lejos de radicar en un acto de preferencia moral insobornable, del que se derivaría con justeza toda una construcción cognoscitiva intachable, entraña otra cosa. Historiador es aquel que aprende a ver los hechos ocurridos en el pasado de manera tal que no pueda juzgarlos por sí

mismo jamás, haciendo de ese juicio posible un instrumento de análisis y de comprobación. Todo lo que puede y debe hacer es descubrir aquella estructura real en que es posible entretejer comprensivamente el complejo de actuación de los personajes colectivos, a fin de que cada persona interesada en reconocerlos pueda también comprenderlos así: como personajes portadores de actos entretejidos en una estructura total, la cual, sin embargo, sólo está implícitamente presente en la textura de los mismos actos portadores.

Por ejemplo. Mientras no logremos transparentar en el jubón del soldado conquistador el esquema del personaje histórico inconfundible que ya es, como español-occidental, lo es ya en esencia, claro está que su manoseada estampa de desfachatado e indeseable conquistador nos dejará sin acceso comprensivo alguno a la verdadera y real estructura de su *conciencia des-cubridora.*

Como posibles historiadores de esta conciencia, hemos procurado no viciarla arrojando en ella nuestros propios valores subjetivos, las sombras de nuestra recepción ideológica del hecho, riesgo del que no es cosa fácil escapar dado precisamente nuestra condición de estudiosos americanos. Antes al contrario, pretendemos haberla captado en estado puro o, como diría un fenomenólogo, como una esencia o *eidos.* Contemplar por primera vez un objeto virginal denominado «América» supone para nosotros asistir a un descubrimiento precedido por la pantalla interpuesta —histórica— de un descubridor. De un descubridor que tiene ante sí, de repente, la inabarcable totalidad de una incógnita. Nos referimos, claro está, a la estructura que implica un espacio cósmico desconocido que está ahí (aunque él no lo vea todavía como dato ofrecido por la intuición a su propia conciencia), y que entra en conflicto con el recuerdo de un espacio histórico (nacional) preexistente y vivido. Por donde venimos a caer en la cuenta de que nuestra actitud gnoseológica «escéptica», tal como se hubo de definir en teoría, refleja también, en forma por decirlo así equipolente, la misma perplejidad inicial del des-cubridor, aquel expresivo asombro con que inventa, imagina, dispone de un nombre nuevo exhumado del fondo de su memoria para encubrir con él un aspecto imprevisto de la realidad. Nosotros, pues, tenemos asimismo que descubrir nuestros propios nombres teóricos para diseñar el problema e inventar, dentro de la rigurosa trama formal del conocimiento, la teoría adecuada que nos remita hacia la aprehensión y recuperación de la estructura del objeto real denominado simbólicamente «América».

Sigamos la pista de los conquistadores y preguntémosles a ellos mismos cómo han entreabierto y leído por primera vez, bajo el más selecto de los rubros imaginables, el mensaje objetivo de un mundo

nuevo, incógnito e inconmensurable. ¿Cómo, en efecto, y hasta qué grado, podrá informarnos de algo aquello que se sitúa de por sí fuera del alcance de nuestras posibilidades visuales, más allá de los límites de nuestra capacidad integradora, histórica y vitalmente condicionada?

Sea como fuere, los contornos que delimitan el problema son conceptualmente claros, y en virtud de ellos puede afirmarse: los conquistadores devienen des-cubridores del Nuevo Mundo tan pronto como actualizan en su memoria colectiva el mecanismo trivial de la designación. Para apreciar la fuerza con que luego adherirán a los nombres, o sea para determinar las verdaderas proyecciones míticas que estos nombres entrañan, es preciso, sin embargo, darse antes cuenta cabal del efecto metafísico descargado sobre el espíritu del hombre por esa enorme *presencia-ausente que está ahí.*

Ahí está la Nada no quiere decir que no haya nada, ni que el conquistador tenga que sucumbir a un mareo y naufragio metafísico incontenible. Lo único que se expresa es que tiene ante sí una incógnita verdadera, un mundo real —inexplorado— del cual no sabe todavía nada. ¿Dónde comienza y hasta dónde extiende sus límites? ¿Cómo se conciertan allí las fuerzas o leyes de la naturaleza y qué es, en fin, lo que le han de reservar sus enigmáticas condiciones de habitabilidad? He ahí el riesgoso y resbaladizo *contenido de realidad* que es preciso conjurar inmediatamente. ¿Cómo? Volvemos a tocar otra vez la cuestión de su *nombre.*

Según sus estrictos términos genéticos, el problema es, como hemos dicho, del orden metafísico del *nombrar,* y, lo que es todavía más grave, nombrar algo desconocido que está ahí, en pie, delante de sus descubridores: bastaría extender los brazos para agarrarlo. Llamamos a eso: incógnita-entidad perfectamente palpable en cuanto tal. No basta, sin embargo, aunque la cosa parezca muy sencilla, ver y tomar, ya que no se toma y alcanza el objeto precisamente con la mano, sino a través de un nombre, y esto es justo, el contenido semántico que no se descubre, sino que se inventa. ¿Cuál será entonces la inmediata solución que da el conquistador a este problema? No nos es posible explayarnos aquí sobre el particular. Sin embargo, resumiremos como sigue. Es muy sencillo identificar un objeto cuando éste aparece en el lugar en que se esperaba ya encontrar algo (más o menos determinado). (Hipótesis mediante la cual hemos intentado comprender, en nuestro trabajo sobre *La existencia mestiza,* la esencia de la gesta colónida.) Queda en pie, no obstante, una cuestión gravísima: el hecho de que, al rebasar los límites usuales de lo esperado y hacerse patente el advenimiento de algo tan heterogéneo y distinto como inimaginable, no haya habido más remedio que ocultar la novedad —nunca vista—

tras una palabra, tras un símbolo de evasión o conjuro, sin exageraciones, trayendo a cuenta una palabra que, contra toda lógica, *se parezca* a la cosa. Y la signifique.

Podemos, por tanto, sobre la base de los pocos supuestos ya apuntados comprobar lo siguiente: al *hacerse des-cubridor,* el conquistador ha trasladado a un subfondo misterioso de su psique la incógnita que se constituyó en primer plano ante él, para, acto seguido, reemplazarla por la forma de una *remembranza o imagen mítica familiar.* Se apresura a poner un nombre viejo —prestigioso— a lo nuevo, y queda así la incógnita del Nuevo Mundo, si no desvanecida del todo, al menos replegada contra algún ángulo oscuro, contra algún esfumado o cauteloso rincón del inconsciente. Y, desde luego, *cubierta* por éste.

Quizá podemos figurarnos ahora más claramente lo que hace el descubridor. Conforme surca o atraviesa los ignotos espacios, va sembrando, aquí y allá, ciertas señales ónticas, algunos distintivos semánticos, ciertas diferencias familiares, todo lo cual le permitirá transitar o desplazarse, con un mínimo de seguridad, sobre terrenos diversamente conocidos. Toda esa serie de signos mágicos, de piedrecitas de colores lingüísticas con que suele, a medias, introducir un orden ocasional en el laberinto (o sea conforme avanza y se pierde en la oquedad del misterio), pueden cifrarse, a la postre, bajo un mismo denominativo común, y este nombre implícito dar lugar, claro es, a muchas representaciones o concepciones míticas de la realidad.

6. No ha de ser cosa muy difícil imaginarse a los descubridores (y por eso lo son) tratando de poner nombre a las cosas, cuando se precipitan en el Nuevo Mundo. Los adjetivos, sobran: la escasez de sustantivos, en cambio, es desesperante: nombres, sustantivos para aprehender la nueva realidad, para designarla y apropiársela. ¿Dónde están? Como quiera que sea, no puede suspenderse el efecto de la pasión semiósica —signífera—, que impele al hombre a identificar con un signo *estimable* la aparición de cualquier ente. Mientras haya nombres, habrá cosas, y el significado del mundo, en medio de la *nada,* no se habrá extinguido del todo, de buenas a primeras. Muchos son los modos de comprobarlo. Refirámonos aquí al ejemplo más simple:

«La propiedad de la denominación —escribe el filólogo Carlos A. Morínigo— fue un verdadero problema, como puede verse por varios pasajes del Diario del Almirante. A veces descubre, como con un suspiro de alivio, animales y plantas a los que puede aplicar, con alguna certeza, nombres europeos; pero siempre quedan dudas: en Cuba decide llamar perdices a las de la tierra, vacilando en cuanto a la propiedad de este nombre, pues las encuentra demasiado pequeñas.

En este primer vocabulario —liñaloe, palmas, faxones y fabas, algodón, perdices, papagayos y además lagartos, sierpes y algunos otros— podemos ver una primera solución al problema planteado por la nueva realidad americana.» «El deseo de la propiedad lingüística —añade Morínigo—, y la consiguiente indecisión para dar nombres a las cosas que no pueden reconocer, se complica en el ánimo de los descubridores con el prejuicio de hallarse cerca de las tierras visitadas y descritas por Marco Polo» (6). El problema ya había sido planteado por Henríquez Ureña, pero sólo de una manera ocasional, en su libro *Las corrientes literarias de la América hispánica*, donde señala y celebra las temerarias confusiones del Descubridor, que ve por ahí, de pronto, desastrosas sirenas y escucha por allá deliciosos trinos de ruiseñor. Es el suyo el prototipo de toda confusión, el origen de las vacilaciones de que habla Morínigo. Pues no es posible colocar sobre el relieve de un mundo que se abre y se desflora como una incógnita, un velo lingüístico que no esté ya algo raído, es decir, cuyos símbolos no estén ya algo gastado; aunque, a veces, claro, al súbito contacto con lo heterogéneo, parecen adquirir nueva y singular vislumbre (7).

Estamos tocando el límite humano mismo del descubrimiento, desentrañando la razón por la cual la inminencia del descubrir automáticamente se trueca en la necesidad, ya subrayada también, del cubrimiento. ¿Por qué *vacila* la gramática en el momento en que el descubridor se *decide* a ofrecer un valor sustantivo añejo a lo nuevo? Pura y simplemente, porque es portador de un mundo vivido, de un sistema de preferencias que hinca sus más hondas raíces en el fértil y precioso hábito de la nominación. Si vaciara sus pertrechos verbales antes de tomar contacto con la incógnita de la realidad americana, ¿de qué medios se valdría ésta para informarle sobre lo *otro*? Conquistar es descubrir. Descubrir, a su vez, reconquistar el valor de los sustantivos comunicantes, embarcar la visión de lo nuevo en los viejos odres de la refrescante memoria. El cometido es perentorio: no dejar a las cosas vacías de su nombre, encararlas tomándolas por el asa de su designación, no importa cuál sea la fuente de que son inducidos tales o cuales *significados simbióticos*.

7. La época del Renacimiento, todavía bajo la égida de un Dios, es esa edad heroica de la cultura en que los hombres se dirigen hacia el descubrimiento de algo que, aunque oculto, se encuentra ya previsto dentro de su radio visual. Basta una transposición, que deriva de lo macro hacia lo microcósmico, para develar el contenido, o mejor,

(6) *Programa de filología hispánica*. Ed. Nova. Bs. As.

(7) No hay que equivocarse: vacilación en los términos semánticos no es lo mismo que indecisión para nombrar; la primera suprime a la segunda al instante.

la forma de lo que se sabe está ya en el contorno. No es todavía lo nuevo en absoluto, sino aquello que, ya ido, puede empero recuperarse, retenerse en la órbita de un simbolismo arcaico —preferentemente— greco-romano. La actitud del espíritu renacentista es, sin duda, la del hombre exaltado ante la inminencia del prodigio; entraña la expectativa frente a la necesaria y deseada repetición *humana* de la historia. De ahí que no sea posible, en fin, redescubrir sin magnificar; ni ponderar excelencias sin extraer del recuerdo un *nombre* cuyo brillo iluminador se vierte sobre todo (8).

Ocurre, sin embargo, que se descubre un Mundo Nuevo antes nunca visto, no registrado ni indirectamente siquiera por ninguna de las literaturas que de continuo alimentaron al espíritu y al intelecto a lo largo de los siglos pasados. *La Odisea,* Platón o Aristóteles, *La Eneida,* u Horacio, están dictando de antemano el orden estricto de los descubrimientos renacentistas forzosos, gracias a los cuales viene a confirmarse del todo lo que ya se sabía. Pero he aquí que, en el Nuevo Mundo, el mundo *nuevo* no ha sido visto ni descrito jamás. ¿Cómo situarlo orgánicamente en el rompecabezas de la serie si no parece posible relacionarlo con reminiscencia clásica alguna? Pese a lo cual, no hay más remedio que pre-verlo vaciándolo en los mismos moldes mítico-arcaicos que dieron a la filosofía y a la literatura de la época, al conjuro del Renacimiento, su peculiar estilo y fisonomía.

Los conquistadores, en tanto que des-cubridores, son también renacentistas que buscan una confirmación mítica amplísima (la mística del Almirante así lo confirma) de lo sucedido, pero tampoco pueden menos que sentirse soliviantados por un dato cósmico de tales proporciones que han de vacilar en la misma raíz, en lo más profundo de su milenario cimiento cultural. Queremos decir con esto algo muy preciso: que la vivencia del Nuevo Mundo da lugar a una polarización de los contenidos vividos. Pero a una polarización literal, en el sentido de que, al situarse en puntos diametralmente opuestos, sin dejar de actuar como sendos complejos de tensión intraanímica, se están comportando en realidad como contenidos que se ignoran mutuamente entre sí. Que hay un efecto descalabrador en el momento de consumarse el encuentro, ello es indudable. Sólo que la acción de lo desconocido se polariza, se oculta del otro polo del fenómeno espiritual, donde, el deseo, forzosamente inconsciente, de encontrarse de nuevo, aun en medio de la nada, con un mundo propio similar en líneas generales al que se acaba de dejar atrás, logra satisfacerse mágicamente cuando las palabras y voces del lenguaje tradicional, al destacarse como

(8) Este punto está ampliamente tratado en el libro que le dedico: *Teoría de la realidad americana.*

una sutil formación de vanguardia, dan la impresión de que ahí se encuentran otra vez los conglomerados de cosas y fenómenos familiares que ya no se esperaba, conscientemente, volver a ver jamás. El descubridor cubre con un *manto de palabras*—significaciones de variado color y de reflejos cromáticos seductores— el *espacio en blanco e inacceso* que, de súbito, se extiende hacia horizontes deslimitados.

Aquí está justamente el problema, y su respectiva e inmediata solución. Los conquistadores —obedeciendo a fijaciones conductuales estructuradas en su memoria colectiva— tienen que aprender a proyectarse ellos mismos como *figuras* que actúan en el espacio, a ver en éste el marco del cual ellos mismos forman el objeto figurativo actuante. De otro modo, la vastedad espacial incircunscribible los habría obligado a huir desordenadamente ante el enemigo impalpable y a resbalar por los bordes de una inmensidad sin contornos, inaprensible. Están acostumbrados a actuar siempre en un marco y según un estilo o patrón de experiencia, nunca más nítido que en el momento en que, polarizado, parece que se extinguiera su natural conexión estructural con el todo, con la totalidad de la experiencia. Si el espacio debe participar de una forma, «la forma imaginativa, diremos con unas palabras de Rudolf Arnheim (9), no surge del deseo de ofrecer "algo nuevo", sino de la necesidad de revivir lo viejo. Surge del punto de vista original que asume espontáneamente un individuo o una cultura sobre el mundo interior o el exterior. La forma imaginativa más bien reafirma la verdad, antes que distorsionar la realidad. Es el resultado inesperado de reproducir una experiencia tan escrupulosamente como sea posible.» No deja de ser admirable que estos conceptos tomados de un texto muy especializado resulten aquí aplicables con un máximo de rigor.

Claro es que el hombre percibe siempre el paisaje que lleva consigo. Rufino José Cuervo, con finura psicológica, hablaba ya de «aquellos conquistadores de hierro que, enterneciéndose al tender por primera vez la vista sobre paisajes parecidos a los de la patria, fingieron en sus mezquinas chozas una Cartagena y una Santa Fe, y en su fantasía revistieron los campos con árboles, hierbas, flores que allá habían sido testigos de sus juegos, sus alegrías y su pesares» *(El castellano en América)*. Aquí Cuervo, como muchos otros, repara en un resorte psicológico individual, y tiene su observación, sin duda, plena validez. Sólo que hay que llevar a cabo una modificación importante, puesto que, en efecto, si de alguna parte se desprende realmente el recuerdo es de la conciencia colectiva del grupo y en tanto que conciencia colectiva hispánica inconfundible.

---

(9) *Arte y percepción visual*, p. 114. Ed. Eudeba.

En buena cuenta, a lo que propende el conquistador, entusiasmado al par que batido por las apariencias, no es a inquirir por la *incógnita* misma del ser, que no se le entrega. Maneja el *nombre,* y parece que desplegara también la realidad. Apunta al entorno más asequible, a la porción de aspectos naturales más fácil de configurar imaginariamente según un modelo intuitivo cualquiera, y le parece que nombrara asimismo el contorno total, como si, interiorizado de los detalles, dominase el conjunto desde dentro. La operación psíquico-metafísica consumada es de orden, claro, eminentemente mítico. Pues sólo un nombre, un contenido mítico liberado, puede sustituir y trascender con fruto la ignorancia que se tiene del ser «en sí» de la realidad.

A fin de comprender un poco mejor este problema deberíamos recurrir al empleo de ciertas nociones de etnología. Un ejemplo. «Para los egipcios, escribe Desroches-Noblecourt, el nombre de un ser o de una cosa se confunde con su objeto. Y, pronunciar alto un nombre, es llamar a la vida al ser o a la cosa que él representa. Ninguna cosa, ningún ser podía existir antes de ser nombrado y eso era suficiente para que la creación fuése realizada, para que el Demiurgo pronunciara alto los nombres de todo aquello que quería traer a la vida» (10). Alejandro von Humboldt, adelantándose a Bachelard, escribía en *Cosmos:* «Entre los pueblos más atrasados en civilización, la imaginación se goza en creaciones extrañas y fantásticas. La predilección por el símbolo influye simultáneamente en las ideas y en las lenguas. En vez de examinar, se adivina, se dogmatiza, se interpreta lo que nunca ha sido observado.» ¿No dice Gastón Bachelard que «el mundo es bello antes de ser verdadero»? (11). Con palabras de L. Law Whyte: «La imaginación es el seno de la realidad» (12).

Poseer un lenguaje, un idioma —y esto lo saben hoy día muy bien los lingüistas y los lógicos— es obrar mágicamente sobre el mundo, es incitarlo a manifestarse. Toda palabra, todo nombre, nos induce a hacernos cargo de la correspondiente evocación, liberan las imágenes que dormitaban en nuestros espíritus, impulsándonos, desde luego, a confundir el nombre con la cosa. Unamuno solía decir: «Ser es llamarse —y que le llamen a uno—, y el nombre —otra vez más—, la sustancia espiritual de una cosa» (13). Podríamos enhebrar numerosas citas. Terminemos con ésta, que es una explicación psicológica del problema. «No sabríamos creer en nada —dice Henri Delacroix—, a menos de postular un universo. No constituimos una realidad como tal —cualquiera que sea—, sino apoyándonos sobre ciertas apariencias, *a las cua-*

(10) *Histoire Géneral des Religions,* vol. I, p. 154. Ed. Hachette.
(11) *El aire y los sueños,* p. 209. F. C. E. México.
(12) *La forma de lo desconocido,* p. 42. Ed. Sur. Bs. As.
(13) *Obras completas,* vol. VI, p. 696.

les conferimos el valor de realidad por referencia a un sistema, por su integración en un universo. Hay muchísimos universos. Tantos como los que somos capaces de construir» (14).

8. Es indudable que los contornos del nuevo espacio «americano» tienen que ser ceñidos, más que indicados, por un nombre. El problema de su nominación, sin embargo, apenas si tiene algo que ver con la geografía ni con la historia de los portulanos. Estos últimos perfilan y describen una región del planeta según la trama matemática de meridianos y de paralelos. En cambio, el espacio que hay que asir con la imaginación, producto del encuentro vivido con la nada, con el espacio inconmensurable o con la incógnita del Nuevo Mundo, es un espacio irracional, que sólo puede captarse integrado con un nombre, es decir, con un símbolo onomástico que exprese la relación de equilibrio virtual entre un objeto que se disimula, emboscado, en el horizonte, y un sujeto que se adelanta y tiene que habérselas con él y aprehenderlo instantáneamente como algo que está ahí, y con la aquiescencia del cual el mero acto depredatorio (de conquista) se trueca en un contenido de conciencia que posee la fuerza y la mágica virtud de conmutar aquel acto suicida de perdimiento (tras el contorno infinito), en un acto espiritual de descubrimiento, por tanto, en una acción con significado metafísico incuestionable.

Esta habilitación imaginaria del espacio irracional se lleva a cabo, precisamente, por mediación del nombre simbólico que lo hace aparecer ante los ojos de los conquistadores como la primera *facie* de un acto que verifica al fin las fronteras interiores del descubrimiento mismo. La conquista, en efecto, no podrá proseguir sino dentro de los límites precisos que la imaginación establece, o sea, para decirlo todo, no ante la nada y en medio de lo desmesurado, sino dentro del cuadro concreto de la cosa que se desprende y se aprehende ahí. En este punto se comprueba el carácter profundamente renacentista que define la estructura mental y espiritual de los conquistadores «medievales» españoles. Sin su fantasía renacentista, les habría sido poco menos que imposible imaginar los perfiles fantásticos que realmente ponen delante y contexturan la materia de un objeto-real accesible; sin ellos, su acción se habría desmenuzado en el caos, como una simple empresa dominada por bárbaros. El hombre, en esta coyuntura, ha actuado, una vez más, como un todo espiritual, no como un instrumento subordinado, adherido a pasiones o intereses, públicos o privados, escindidos de patrones de conducta irreales y abstractos.

La palabra que conduce al error es también la única que nos aproxima a la realidad, y que nos permite verificar el salto de la realidad

(14) *Psicología del arte*, p. 119. Ed. Ateneo, Bs. As.

a la verdad. Por ello, aunque se equivocaran con la imaginación, el poder comprobarse cómo ésta introduce de lleno a los conquistadores en el acto espiritual del descubrimiento, permite estudiar las condiciones en que la historia permanece pasivamente intrincada con su primer gran error configuracional, así como intentar establecer, sobre bases críticas más certeras, sobre una fenomenología de alto nivel de confiabilidad, las condiciones teóricas para una comprobación científica del problema. La ocupación del espacio «americano» por los nombres míticos que lo fingen, sin género de dudas, configuran el primer gran error colectivo con que la historia de América tiene efectivamente nacimiento, acceso a la posibilidad inminente de ser. ¿Pero de ser, en realidad, *qué?* ¿Cosa material, espíritu insuflable, genio telúrico-cósmico, fórmula de bienestar universal? Dejemos de lado estas simplezas. De ser... problema, la forma de acceso a una clase especial de certidumbre metafísica: la que se despliega por los complejos senderos del llamado conocimiento científico.

Los nombres con que ocupa el conquistador el espacio americano, aunque fingidos, son, pues, la única apertura posible al conocimiento de la problemática histórica americana. Gracias a un nombre, comienza «América» a ser o a parecernos algo, y a generar el modo de acción o de conducta cultural correspondiente. Mejor dicho, en virtud de que se tiene ya al alcance el símbolo de su nombre, es factible desplegar la acción des-cubridora por excelencia: ya los conquistadores pueden concentrarse en la tarea de forjar un mundo nuevo que responda verídicamente a un signo global de la realidad. Porque, según acabamos de decir, buscar el mundo *nuevo* sin el indicio de sus nombres, que vuelcan sobre él el alud del descubrimiento, es imposible. Pongamos un ejemplo. Las primeras noticias que proporcionan los indígenas a los conquistadores sobre las Vírgenes del Sól, del imperio incaico, permiten a éstos configurar de inmediato, por superposición inconsciente, el mito de las Amazonas, estratificado en la memoria colectiva del grupo, y, con ello, *reajustar el contorno. Reajuste mítico con el contorno,* justamente, es el nombre que damos a la categoría en cuestión.

He aquí por qué, en el trance de tener que suponerlo dado ahí, blanden los descubridores el arma de la designación, infalible para apoderarse de la *facie* del Nuevo Mundo. El temor de hallar en torno —dentro del complejo del encuentro vivido— algo que escapara al control de la inteligencia (y que el instinto biológico, de adaptación, por ejemplo, tampoco subsanara), se remedia gracias al ajuste aproximado de un nombre, que si no concuerda propiamente con el objeto ideal apuntado, y menos con el realmente incógnito e inconmensurable, responde, sin embargo, a una *reminiscencia mítica* inefable.

Sólo haciéndonos debidamente cargo del sentido teórico de estas proposiciones, estamos hoy en condiciones de apreciar cierta agudeza del insigne humanista Henríquez Ureña, cuando, en uno de sus admirables apuntamientos no-críticos, aseguraba, entre otras cosas, que «Colón había hecho el primer intento de interpretar *con palabras* el nuevo mundo por él descubierto» (15). ¿Por qué no procuró, sin embargo, Henríquez Ureña disolver el equívoco intrincado en semejante tautología? ¿Qué interpretación no se hace, pues, con palabras? Porque no podemos creer que el maestro, lingüista y filólogo que suele y y sabe poner a la expresión verbal en la cima de todo esclarecimiento, fingiese aquí menospreciar el uso y valor de las palabras, degradar el testimonio del Almirante por haber venido consignado en palabras. No, lo más probable es que el gran crítico no reparase bien en el pleno alcance de su comunicación. Le faltó, sin duda, agregar: palabras que constituyen, como sugiere ya Delacroix, un tejido de universo, y que, por lo tanto, no son elementos subjetivos de una percepción personal sino en la medida en que participan también de una interpretación colectiva y cultural indivisas. Por ello, está más cerca de la verdad cuando, en otro pasaje del mismo ensayo, añade que «Colón había visitado nuestras islas tropicales con la *imaginación llena de reminiscencias platónicas* y en sus viajes recordaba una y otra vez cuanto había oído o leído de tierras y hombres reales o imaginarios: leyendas y fantasías bíblicas, clásicas o medievales, y particularmente las maravillas narradas por Plinio y Marco Polo»... dando a entender que de este trasunto imaginero emergen, ya preconfiguradas en su mente, las primeras nobles pinceladas del descubridor: por lo tanto, que ellas no son otra cosa que aproximaciones pintorescas, notas agudas que preludian la sinfonía que irrumpirá más adelante, cuando otros intérpretes mejores nos brinden la copia fiel y auténtica del «original». Mas lo cierto es que hay allí a pesar de todo, un juicio crítico bien esbozado, aunque sin désbastar, motivo por el que se desvanece y se pierde, queda sin efecto como nexo hermenéutico de valor incalculable. En verdad, si hubiera sido consecuente con él, la obra crítica de Henríquez Ureña habría tenido que ser muy distinta.

Si decimos, pues, asentando una proposición genérica, de carácter lógico-metodológico: *América nace del símbolo de su nombre,* no cometeremos el disparate de confundir aquí sendos significados. Se pondrá buen tacto en reconocer sin equívocos la significación exacta que en este contexto único tiene el valor semántico del símbolo *América.* En efecto, este nombre es aquí el símbolo de una interpretación cultural, de contenido mítico-arcaico, que nada tiene que ver con la reali-

(15) *Las corrientes literarias de la América Hispánica,* p. 10. F. C. E.

dad material de un objeto exterior, situado, de una u otra forma, en medio del contorno y que está llenándolo. Permanezcamos alerta ante el fenómeno, ya que, históricamente hablando, a partir de esta significación mítico-cultural, ha tenido lugar una derivación hipostática de la palabra, esto es, se ha sustancializado la mención simbólica, identificándola toscamente con un contenido empírico de presunta esencia inmutable: el ser en sí de la realidad americana y de la Historia de América. Para acabar de una vez por todas con el típico error hay que desprender y agostar las implicaciones mítico-simbólicas de una interpretación des-cubridora que termina por desembocar triunfalmente en las costas ideológicas de la palabra «América». Hemos caminado ya un buen trecho en esa dirección.

Importa aclarar aún nuestro pensamiento. Antes de decir «América», los europeos han pronunciado muchos otros nombres para designar la emergente realidad del Nuevo Mundo, pero han traspasado de estos nombres a aquel símbolo un contenido semántico que supone referir esa realidad a una significación —o interpretación vivida— inconfundible, según la cual el Nuevo Mundo sólo podía aparecerse ahí como algo ya de antemano conocido míticamente. Si, en consecuencia, nos preguntáramos: 1) ¿en qué momento los datos recogidos al azar por los descubridores de nombres, se ordenan en un todo legible y surge de éste, arquitecturada, la figura misma, la entidad digna de recibir un nuevo nombre, justo y original?; 2) ¿en qué momento del montón de datos caóticos y extraños surge la figura estructurada de un mundo real «americano»?, podemos contestar: *en cualquier instante pasado, presente o futuro, bajo la forma de una reminiscencia cultural y en virtud de un reajuste mítico con el contorno.*

Lo desmesurado —o sea la amenazante incógnita implícita en el espacio (irracional) inconmensurable— es ceñido así, y el nombre ceñidor, que entraña al propio tiempo una apertura racional al problema de cómo introducirse materialmente en lo desconocido, no es más que un símbolo mítico, que resume toda la operación conjunta en cuanto que experiencia histórica vivida.

América-simbólica viene hacia nosotros envuelta en el ropaje de una imaginería fantástica; pero esta envoltura no *es* América. Es decir, el nombre es el síntoma, o el síndrome, de una realidad probable que, sin embargo, no es de momento sino una incógnita vivida. Cualquier nombre de que se valga el des-cubridor para aproximarse a lo desconocido, sin caer destruido por él, Nueva España o Nueva Andalucía, el País de la Canela o la Ciudad de los Césares, Trapalandia, Elelín o Eldorado, señala ya, sin embargo, implícitamente, hacia el

molde unívoco «América». Como producto de su nombre, es sólo, pues, una realidad de contenido mítico, columbrada como posible.

Es cierto que, como decía Simmel, «los miembros de una sociedad migratoria están estrechamente atenidos unos a otros; los intereses comunes adoptan la forma de la urgencia momentánea más que la de los grupos sedentarios. Por esa razón anulan, con la energía específica de lo presente —que tantas veces triunfa sobre lo objetivamente esencial— las diferencias individuales en el doble sentido de la palabra: la diversidad cualitativa o social y la pugna o escisión de los individuos» (16). Ya hemos hecho notar, sin embargo, en otra parte (confrontar para todo lo que se refiera a este aspecto del problema mi trabajo *La existencia mestiza),* que las series de grupos descubridores asociados no engendran formas súbitas de orientación, momentáneas e irregulares, que rompan los flexibles esquemas tradicionales, ni, salvo en casos extremos, adoptan las que podría imponerles, por ejemplo, un jefe audaz, sino que las extraen de su peculiar sistema de preferencias culturales. De esta suerte, el personalísimo matiz de la actitud individual señera, antes que rebasarlos, integra los niveles y patrones del grupo, entrañablemente ensamblado. Las reacciones personales van así entretejiéndose a una condición radical que contextura la existencia del grupo como unidad colectiva históricamente única. Y es esta entidad nacional colectiva la que soporta, en último término, la auténtica y difícil complexión moral del conquistador. Gracias a ello podemos hablar con fundamento: 1) de reacciones personales que penetran en el ámbito de la conciencia colectiva de la comunidad, y en ella se cimentan; así como, 2) de la experiencia de una comunidad histórica emplazada frente a un medio cósmico desconocido que debe ser tomado metafísicamente por asalto. La remembranza de lo ya vivido (en el seno de la comunidad nacional) a la luz de la experiencia cultural colectiva, dispensa verosimilitud a una realidad disimulada —emboscadísima—, que se presenta y hiere radicalmente como incógnita y que persistirá enclavada en el contorno «americano» como una incógnita. La solución inmediata al problema de nombrar lo desconocido se ofrece, así, casi instantáneamente, al refractarse este ser desconocido en una pantalla imaginaria, donde a raudales se proyectan imágenes míticas del inconsciente colectivo.

Al comprobarse, en el terreno del experimento teórico, la existencia de tan singular fenómeno histórico, resulta evidente que es imposible abordar en serio el estudio de la Historia de América como si se tratara de contar la historia de Juan, de Pedro o de Tomás. O sea aseverando que la palabra «América» —como cualquier otro de los

(16) *Sociología,* vol. II, p. 262. *Rev. de Occidente.* Madrid.

nombres que pudo depararle el azar—, conlleva implícita una significación revelada, derivada de la inspección real de un contenido de existencia inmutable, el desarrollo del cual constituiría, *a priori,* el ser de la Historia *de* América. No hay desde luego ninguna base científica en un conocimiento de la historia que pretenda basarse en la revelación implícita del fin de esa historia. «América-simbólica» y «realidad americana-incógnita» son enunciados disímiles, comportan connotaciones diversas, responden a estructuras discursivas —cognoscitivas— teóricamente inasimilables entre sí, y no se puede confundir una con otra— lo que no quiere decir que se deje de establecer entre ellas las conexiones metodológicas de rigor— sin echar por tierra la posibilidad misma de labrarse un acceso seguro a esta cuestión trascendental: el estudio científico de la *realidad americana.*

ALEJANDRO LORA RISCO
Luis Uribe, 2340
SANTIAGO DE CHILE (Chile)